

## La Iglesia ya no es católica...

### América Latina: religiosidad, política y educación en una polémica fraternal

La última semana de marzo de 1925 sesionó en Montevideo el Congreso Internacional de Iglesias Cristianas bajo la presidencia del estadounidense Samuel Guy Inman. En esa ocasión estuvo dedicado al análisis de los problemas educativos en América. A esta reunión fue invitada una pléyade de intelectuales latinoamericanos, entre los que figuraron la chilena Gabriela Mistral y el argentino Alfredo Palacios. Este último se rehusó a asistir, y en una carta pública denunció la complicidad de las iglesias estadounidenses con las políticas intervencionistas de la Casa Blanca en América Latina, pero además abrió una polémica en torno al significado de apelar a sentimientos religiosos en momentos en que se avizoraba el amanecer de una nueva hora latinoamericana. Al conocer la respuesta de Palacios, Gabriela Mistral dio inicio a un breve intercambio epistolar con el profesor universitario, legislador y figura emblemática del socialismo argentino, entablándose así un diálogo fraternal acerca de la religión y en especial de la fe cristiana en sus vínculos con la educación y la política. México no podía estar ausente en estas cartas, y mucho menos la figura de Vasconcelos, cercano amigo de ambos personajes y todavía líder moral de toda una generación de intelectuales dispuestos a regenerar la política y la cultura continental. Las referencias a su persona y a sus propuestas obligaron a Vasconcelos a fijar una postura, en la que no hizo más que refrendar su liderazgo, defendiendo una religiosidad comprometida con las causas de la justicia y la igualdad. Gabriela Mistral, católica, y Alfredo Palacios, ácrata, sostuvieron sus convicciones durante el resto de sus vidas, mientras que de nuestro Ulises criollo no puede decirse lo mismo. Hacia 1925, el México revolucionario, gracias a la gestión cultural y educativa de Vasconcelos, era parte de una agenda política que concitaba el interés de la intelectualidad continental. Sin embargo, en el terreno de

la trayectoria de quien fuera el fundador de la Secretaría de Educación Pública, no deja de sorprender la enorme distancia que separa al Vasconcelos de la carta que aquí se reproduce, de ese otro que un decenio más tarde inició una tortuosa marcha bajo la guía de una cruz en llamas.

*Pablo Yankelevich*

**[Carta de Gabriela Mistral a Alfredo Palacios, Santiago de Chile,  
27 de marzo de 1925]<sup>1</sup>**

Doctor Alfredo L. Palacios  
Universidad Nacional de La Plata  
República Argentina

Muy distinguido y querido amigo:

He leído con mucha tardanza la carta que usted dirigió a los organizadores del Congreso Cristiano de Montevideo. Me preparaba para saludarlo personalmente a mi paso por Buenos Aires y para discutir con usted, en medio de esa cordialidad nobilísima que usted crea en torno, como una atmósfera, las ideas de aquella carta. Mi salud se ha resentido con los viajes y tengo que renunciar a mi asistencia en esa gran asamblea de maestros americanos.

Por esta causa le dirijo la presente, pidiéndole que me oiga la réplica tranquila que paso a hacer.

Por dos causas esenciales, usted ha rehusado concurrir al Congreso de Educación de Montevideo. Primero, porque lo estima como una parte, o como un instrumento de la dominación yanqui en Nuestra

América; segundo, porque aún concediendo alguna importancia a las ideas religiosas en la educación, no les concede verdadera trascendencia.

Usted es, doctor Palacios, una gran fuerza moral en el continente, y aunque esa fuerza valiosa ha sido alguna vez ejercitada contra los intereses de Chile,<sup>2</sup> yo lo he respetado siempre, pues viene de un alma libre, de esas que son tan escasas en nuestro país, un espíritu libre y viene además, de un jefe de la juventud universitaria y de los trabajadores argentinos, es, de dos masas que me son universalmente queridas. Hay, aparte de todo esto, mi afecto personal por el amigo de México, patria moral de ambos.

Precisamente, por significar usted mucho, para los que en nuestro continente trabajamos en una faena espiritual común, cobran gravedad sus declaraciones respecto de la "Asamblea Educativa de Uruguay".

<sup>1</sup> *El País*, Santiago de Chile, 1° de abril de 1925.

<sup>2</sup> Gabriela Mistral se refiere a la posición de Alfredo Palacios frente al conflicto de límites entre Chile y Perú, que entonces se ventilaba en los tribunales de justicia internacional, y que tuvo una amplia difusión en la prensa latinoamericana.

No resto una sola línea a su afirmación de que los Estados Unidos aspiran a dominar sobre nuestros países, y que ya lo han conseguido en buena parte. En mis tres años de viaje, me he formado la conciencia de que esta dominación tiene dos aspectos: el natural y casi involuntario, del país enorme, de grandes pulmones activos, que, como un hombre fuerte, aspira el aire de los otros y les impone su mercado intenso; y el consciente, el deliberado, de dirigir la política de nuestros países, alejándonos de la influencia europea que tuvieron hasta hace poco y que era para nosotros menos peligrosa por la distancia y por ser ejercida de parte de varias naciones a la vez.

Tengo otra convicción profunda: la de que los hombres y las instituciones sin honestidad que hay en la América española, los gestores comerciales y los escritores con venalidad pronta, son los auxiliares más eficaces y fatales del capitalismo yanqui, los que van lentamente hipotecándonos y que pueden acabar entregando a las generaciones futuras unas patrias en teoría, pero, en verdad, con sus riquezas entregadas a Norteamérica.

En la legión que desde el Norte se desliza hacia nosotros, en busca de conocimiento, de vínculos y de intercambios, sobre un noventa por ciento de comerciantes, hay un diez por ciento de gentes honorables: los profesores norteamericanos católicos, protestantes y laicos.

Ellos forman la porción más pura de Estados Unidos, la parte verdaderamente viva de su conciencia nacional. Son funcionarios pobres, no pertenecen a la burguesía intelectual de su opulenta patria. Recorren Europa anualmente, recogiendo en

todas partes lo mejor que tienen las instituciones de cultura. Son trabajadores internacionales, que laboran por "una faena humana". Los he encontrado en cada escuela europea, informándose de la renovación educacional del mundo y creando vínculos, no sólo entre los maestros, sino entre las niñas, desde España hasta Suiza e Italia. La inmensa mayoría de ellos es desinteresada; poseen un sentido heroico de la vida y viajan con pequeños recursos. Yo debo a su trato y a sus publicaciones grande ayuda e ideas generosas.

Uno de estos hombres, don Samuel G. Inman, es el organizador del "Congreso uruguayo".

Constituyen, mi querido amigo, la buena emigración norteamericana. Nos sirven informándonos acerca de sus últimos métodos educativos, y nos contagian con su vida llena de acción social, tremolante de actividad y saturada de sentido religioso.

Tenemos que abrirnos a esta influencia, con lealtad de gentes buenas, con la honradez española, que mira al huésped a la cara y conoce la nobleza en el semblante limpio y en la intención transparente. Y debemos espiar la "otra emigración", seguir con ojo atento a los formadores de sindicatos y sociedades, que traen en sus maletas muchísimos documentos de pura política y traen, por sobre todo, el dinero que se vuelve "coima" y corrompe a nuestros hombres.

Ahora viene su segunda declaración: la de si es o no urgente intensificar el cristianismo en nuestros países.

Usted, amigo, concede que la idea religiosa es una fuerza para mudar "al hombre interior", su mente laica

engloba a todas las religiones en el juicio. No pretendo, por cierto, traerlo hasta el campo de mi convicción católica; pero llamo su atención hacia este hecho indubitable: “el cristianismo es la fe que domina absolutamente en América, y hay que trabajar con este instrumento, los del Norte con la rama protestante, los del Sur con la católica”.

Es visible en nuestros países, se palpa en cada momento, como el tejido blando de la carne se descompone, un materialismo inferior, que invade las más diversas ramas. En la literatura aparece como ausencia de motivos heroicos y humanos; en la educación, como aridez del sentimiento; en la vida cívica, “como ausencia de virtud”, como corrupción política.

Hemos formado esa semicultura vanidosa, incapaz de dar aquella formación moral que tuvieron, a pesar de su racionalismo, los ateos ilustres como Reclús y Romain Rolland, y hemos expulsado de la educación la idea religiosa que pueda dar al hombre más humilde la perfección interna.

Caemos por un despeñadero, y llegará un momento en que los mismos racionalistas, asustados de lo que han hecho, llamen en su ayuda a la religión, o por lo menos restauren sus derechos dentro de la escuela y de la vida civil. En Francia ya hay un comienzo, un deseo todavía cobarde, pero ya visible “de rectificación”.

Los maestros norteamericanos del “Congreso de Montevideo” van a ocuparse en una serie de sesiones de estudiar los problemas espirituales de la América. Yo estaría mucho

más complacida si la fe aceptada y propagada en esa asamblea fuese la mía, católica. No lo es, se tratará de un cristianismo amplio, con tolerancia para mi religión. Siento mi espíritu tan lleno de angustia, respecto del avance materialista de nuestra raza, que ahora me alegra cualquier iniciativa de índole religiosa que veo aparecer. En esta oportunidad, mi júbilo fue mayor; al invitárseme, se aceptó mi calidad de católica y no se me impuso la más leve rectificación que beneficiase la idea protestante. Es un verdadero “suceso”, dentro de nuestro fanatismo, el que se dé cátedra libre a la mujer de un credo confesado en medio de una agrupación contraria.

Era mi resolución acudir al llamado de Montevideo; además de las consideraciones anteriores, había una personal; en Estados Unidos yo recibí a pesar de mis críticas en contra de ese país, una acogida que no olvido; mas mi salud ha acabado por quebrarse con tres años de viajes, y faltaré a la cita de los amigos.

Perdone, mi querido doctor, esta carta extensa, rica de réplica a su juicio, y, sin embargo, llena de mi vieja estimación por usted y de mi leal cariño.

Le saludo, esperando que la solución del pleito chileno-peruano haga posible un viaje de usted a mi patria, donde tiene amigos que, como yo, sienten profunda admiración por su gran obra social.

Su amiga,

Gabriela Mistral

[Carta de Alfredo L. Palacios a Gabriela Mistral, Buenos Aires, 12 de mayo de 1925.]<sup>3</sup>

Mi querida amiga:

Me es grato contestar la carta que me dirige plena de cordialidad amistosa y de esa bondad tan cálida, de acento maternal, pura fragancia, que emana de su persona y su obra.

Tan interesante como trascendente es el problema que usted plantea en su carta, relativo al predominio del materialismo sensualista y la carencia de idealidad que advierte usted en nuestra época, a lo cual opone, como único remedio, la intensificación de la creencia religiosa, y en especial del catolicismo.

Sorprendente es, en verdad, ese criterio en sus labios, ungido con el prestigio de su poesía, que, tal como usted atribuye a mi caso, hace tanto más grave y peligroso para la juventud del continente cualquier erróneo concepto, sobre todo si se considera la íntima sinceridad de su palabra, de que nadie dudará.

Usted, mi querida amiga, ha recibido seguramente, como casi todo iberoamericano, la fe en el catolicismo como herencia familiar, tradición doméstica, santificada en el fervor de las enseñanzas maternas.

Naturaleza eminentemente emotiva, como buena poeta que es, no ha pensado en revisar, ni en aquilatar por su razón, esas enseñanzas que cristalizan para los pueblos en dogma estricto y paralizante. A pesar de ello, su

espíritu, rico en savia jocunda, ha desplegado las alas y tendido su vuelo en canciones impregnadas de humanismo, de recóndita ternura, de cordialidad universal. Como dije a usted en otra ocasión, ante el dios que aparece en su poesía no puede haber ateos, porque no es un dios teológico, dogmático y personal, sino el sentimiento de unidad, de comunión espiritual divinizado. Pero usted identifica este idealismo suyo con la fe católica, y aún parece inferir ingenuamente que aquél proviene de ésta, sin advertir que en otro lugar o en otros tiempos ya habrían provocado su obra y su persona la persecución y el anatema de esa misma religión que usted defiende. Dígalo si no el hecho, harto significativo, de quiénes son los que han apreciado su obra y de cuáles se ha sentido más cercana. Son los revolucionarios mexicanos, en cuya acción cultural ha colaborado usted con eficacia y amor; es el espíritu inquieto, profundamente renovador de José Vasconcelos; el fuerte, el irreductible Romain Rolland, el más potente y audaz removedor del alma latina; y, en fin, modestamente, yo, a quien usted califica con la honrosa denominación de espíritu libre, precisamente porque rehuyo toda imposición dogmática o interés convencional. No creo que nos niegue usted a nosotros, sus amigos, tan ajenos a toda fe concreta y sobre todo al catolicismo, el idealismo espiritual, no que nos incluya entre los materialistas, en el sentido que da usted a esa palabra, de relajamiento

<sup>3</sup> Archivo personal de Alfredo L. Palacios. Buenos Aires.

ético y de persecución de fines exclusivamente utilitarios.

Si mira usted en derredor de sí y examina la historia occidental de los últimos tiempos, no será en el campo del catolicismo donde encontrará los ejemplares de mayor abnegación y humana idealidad. Nadie más idealista y desinteresado entre nosotros que el bíblico Almafuerte, cuya vida fue un ejemplo de cristiano prístino y que no se doblegó jamás a confesionalismo religioso alguno "porque no aceptaba lo definitivo, sino como un corral donde se le quería aprisionar y empequeñecer".

¿Quién negaría idealismo a Pedro Kropotkine, el hombre más altruista, la vida moralmente más ejemplar del siglo pasado, no obstante su inquebrantable materialismo científico?

Si admitimos como verdadera la afirmación de Lorenzo de Médicis de que aquellos que no esperan otra vida están ya muertos en ésta, deberemos asimismo reconocer que hay más sentimiento altruista y más vitalidad espiritual en los que se esfuerzan y se sacrifican por alcanzar el mejoramiento de la humanidad futura, a la que ellos no conocerán, que en quienes se abstienen de obrar mal por temor a los castigos de ultratumba, o realizan buenas obras para obtener recompensas personales en un cielo reservado para ellos.

Es indudable que habrá católicos idealistas, como usted misma lo es; pero lo será más bien por su índole personal que en razón de su catolicismo.

Recientemente, como usted sabe, se realizó en Argentina el movimiento más idealista de nuestra época en América: la reforma estudiantil y precisamente lo inició la juventud

cordobesa, arrancando la universidad del dominio asfixiante del catolicismo, que tenía anquilosada y amordazados los espíritus.

Hubo un tiempo en que el catolicismo fue un ideal revolucionario, como lo siguen siendo hoy, a pesar de todo, las doctrinas de Jesús, el rebelde más audaz y más universal que ha existido. El mismo nombre católico significa universal, como es sabido, porque el credo católico no reconoce patria, pues aspira a convertir a la humanidad en una sola grey, dirigida por un solo pastor. Sin embargo, usted es patriota, a despecho de su catolicismo, y aún se lamenta de que yo abogue por lo que entiendo que es justo en favor de otro pueblo americano que usted juzga antagonista de su patria.

Y es que los ideales, querida amiga, son como las antorchas: cuando se encienden esparcen más humo que llama; mientras arden plenamente y se convierten en luz que ilumina a los hombres, amenazan con abrasar la mano que las sostiene y las defiende; pero más tarde; se apagan, consumidas, se transforman en tizón y ya no son peligrosas para aquel que las esgrime, pero no alumbran a nadie.

Así sucede con las religiones oficiales. El cristianismo actual ya no es el de san Pablo, ni el de las catacumbas, que socava los cimientos de un mundo groseramente materialista, para fundar una nueva civilización espiritual a través de las persecuciones y los martirios. Ahora el catolicismo es parte integrante y principal de esta sociedad sensualizada y comparte el dominio y las riquezas con los señores del oro.

Tiene más intereses que conservar que ideales y renovaciones para promover. Contra su inercia, ya secular, se estrellaría nuevamente todo poder humano que intentara reformar su espíritu. Por eso me ha producido asombro su afirmación de que nosotros tenemos que utilizar el catolicismo ¿Quiere usted paralizar más todavía el alma de nuestros pueblos? Porque tal es el efecto del catolicismo: el de someter y reducir.

¿Piensa usted que fomentan el idealismo los gobiernos que consagran sus países al corazón de Jesús, aun a costa de víctimas humanas, más bien que los que defienden la justicia y rinden culto a la libertad de conciencia?<sup>4</sup> ¿No advierte usted en el catolicismo una fuerza regresiva, opuesta a toda reforma y a todo mejoramiento?

¿Qué tenemos nosotros de común con un poder que es el enemigo irreductible de la ciencia y la renovación?

El mismo protestantismo, que se funda en la libre interpretación del texto bíblico, ¿no ha inspirado en Norteamérica recientemente la ley antidarwiniana, prohibiendo a los maestros que expliquen a sus alumnos el origen del hombre según las teorías de Darwin y obligándolos a que lo hagan de acuerdo con las enseñanzas de la Biblia?

¿No cree usted que tal procedimiento, injurioso para la razón humana, sólo puede producir

la servidumbre del intelecto y el predominio grosero de los sentidos?

Sí, mi noble amiga. No serán las ideas ya gastadas y caducas las capaces de elevar el nivel moral humano, sino los nuevos ideales, renovadores del alma de los hombres.

Vivimos un momento de transición, en el que se derrumban muchos ídolos y se desmoronan los poderes que sobre ellos se fundaron. Ya el espíritu no anima las formas tradicionales y labora silenciosamente por trazar nuevos cauces en el alma humana. Usted misma reconoce que han descendido las religiones, desde la mística a la costumbre. Las instituciones del pasado siguen viviendo por el impulso adquirido en otros tiempos. Agotada la presión espiritual se relajan todos los resortes. Pierden su imperio sobre las almas los preceptos normativos, los instintos recobran su primario dinamismo propulsor y desciende el nivel de la existencia.

Tal es la causa real del materialismo de hoy, señalado por usted, que no puede remediarse con una vuelta al pasado, sino acelerando el paso hacia lo futuro.

La inquietud religiosa de estas épocas se refugia en las mentes renovadoras, en las almas cargadas de misterio que miran el provenir y traducen las voces del espíritu, como Emerson y Carlyle, y entre nosotros Almafuerte y Rodó.

Ya en nuestra América existe un soplo de inquietud y de féridos anhelos que mueve a la juventud. Algunas almas selectas, como el maestro Vasconcelos, perciben la vislumbre de un mundo moral más alto y laboran con ahínco para encarnarlo en la realidad. Usted misma es la expresión de ese espíritu

<sup>4</sup> Alfredo Palacios se refiere al dictador peruano Augusto Leguía, quien en 1924 ordenó una represión brutal para acallar las protestas de estudiantes universitarios movilizadas en contra del giro conservador clerical de su gobierno.

anhelante. Si ausculta usted el corazón de la juventud idealista, advertirá los latidos de una nueva vida informe, exuberante y jugosa, que pugna por abrirse a la existencia.

Fundado en nuestra amistad y en la admiración que su obra y su persona me merecen, así como en el interés común que nos inspira, yo me atrevo a pedirle que quiera colaborar en este alumbramiento.

Considero respetable y aun fecunda toda fe profesada sinceramente, y por tanto respeto sus creencias religiosas. Pero creo que el deber que en esta hora nos impone el destino americano es el de favorecer el nacimiento de esa nueva vida que se

anuncia. Ayúdenos a forjar, con sus manos maternales, esa joven alma americana que viene henchida de fe, rebosante de idealismos, dispuesta a hacer una sola patria de la América Latina y a volcar en ella todos sus anhelos.

Usted es el corazón dinamizante de la juventud ferviente. No malogre la esperanza que tiene puesta en usted. Abandone el pasado, sumergido en su sensualismo estéril, y vuelva la mirada al futuro, donde le espera la juventud, grávida de generosas ilusiones.

Alfredo L. Palacios

**[Carta de José Vasconcelos a Alfredo L. Palacios, Palma de Mallorca, 9 de agosto de 1925]<sup>5</sup>**

Mi querido amigo:

Llevo meses de constante variar de sitio, por lo que me ha llegado con retraso su carta a Gabriela, a propósito de una declaración suya en que se decía católica... Tengo la fortuna de conocer bien a la gran poetisa y a usted, el generoso maestro de juventudes y eso me da ocasión de terciar con ventaja en el debate: aunque más bien no hay asunto a debate, porque veo en Gabriela y en usted dos grandes cristianos prácticos. Usted procedió como verdadero cristiano cuando obtuvo del Congreso argentino una

ley protectora de los trabajadores explotados por los terratenientes que, por lo general, son excelentes, irreprochables católicos, pero viven de violar a diario la ley de Cristo. Así que yo vea, ya no digo la Iglesia, siquiera algún sacerdote que se pone enfrente del explotador, para defender a los débiles, creeré que ese hombre, aun siendo católico, está animado por el espíritu de Cristo. Los que absuelven a los terratenientes a la hora de la muerte a cambio de una dotación para el culto son católicos, pero no cristianos. Más cristiano fue usted en el momento que ya digo, que cualquier católico de la época. La esencia del cristianismo es la ternura para nuestros semejantes. Esa ternura apareció en san Francisco y

<sup>5</sup> *Sagitario*, La Plata, Argentina, año 1, núm. 3, septiembre-octubre de 1925, pp. 380-382.



por poco le excomulgan. Eso mismo sentían los católicos respecto a Gabriela, cuando Gabriela comenzó a escribir; era entonces una literata peligrosa, pero como ahora se ha conquistado una merecida fama, la cercan y se le presentan como ovejas. Andan ahora haciendo el papel de perseguidos en Chile, después que alentaron y aplaudieron el golpe de los militares chilenos. Aquí, en cambio, andan dichosos, insolentes. Al grado de que si no hay quien les pegue un golpe volverán a establecer la Inquisición para asuntos religiosos, tal y como ya hay censura en asuntos civiles. Creo poder aventurar que a Gabriela le pasa algo semejante a lo que a mí mismo me ocurre. La preocupación por el problema religioso, el interés por el dogma, nos llevan a coincidir con la doctrina católica en muchas cuestiones metafísicas; en muchas cuestiones me he declarado yo católico en el sentido de que creo que la doctrina de la Iglesia, tal como se definió, por ejemplo, en Nicea, representa la mayor suma de verdad religiosa que han alcanzado los hombres. Pero me he convencido de que esa convicción, aun siendo en mí firme, más bien me aparta que no me acerca a la Iglesia. La Iglesia católica contemporánea es una obra bien organizada por el demonio para enfriar la piedad de las gentes. Cuando desembarqué en España, hace unos dos o tres meses, me sentía casi completamente católico, deseaba rezar en el retiro de alguna vieja catedral; pero casi todos los templos españoles están profanados por la

costumbre de poner en el mismo sitio del altar los restos podridos de cada pícaro que algo ha sido dentro de la dinastía. La Iglesia española, tradicionalmente, es la sierva de los reyes. En realidad, lo mismo hace en todas partes: traiciona al humilde para congraciarse con el poderoso. No representa a la religión, sino a la liturgia; no posee sacerdocio, sino una burocracia cobarde y glotona. La Iglesia católica está en estos instantes detrás de cada intento de la reacción. El negro poder jesuita crece. La Iglesia ya no es católica, no es romana, ha llegado a ser jesuita. ¿Cómo no hemos de sentirnos emocionados cuando un hombre como usted levanta la voz contra el peligro formidable?

Adelante mi querido amigo; soy uno de los que lo seguirán en el nombre de Cristo, que no es monopolio de frailes. Nunca podrán entender los católicos que Cristo está más cerca del atormentado Carlos Marx, mucho más cerca, que el iluminado Tomás de Aquino. Creo que el socialismo moderno es un intento de aplicar la ley de Cristo; pero si así no fuese, si por no querer y no poder ser católicos, nos niegan el derecho de creer en Cristo, nada importa, que nos llamen anticristianos. Cuando yo sepa que la Iglesia ha librado una sola batalla a favor de los desheredados, pensaré que acaso Cristo vuelve a su seno. Pero, entre tanto, me voy con los ateos, si los ateos imponen la justicia.

Suyo afectuosamente.

José Vasconcelos

